

PEDRO AGUSTIN CARON.
(BEAUMARCHAIS).

¡Qué hombre! Todo lo reúne: el gra-
cejo, la intención, lo jocoso, lo patéti-
co, todos los géneros de elocuencia sin
rebuscar ninguno; y confundiendo a to-
dos sus adversarios, dá lecciones a sus
jueces. Me encanta su sencillez, y le
perdono las imprudencias y las petu-
lancias.

Voltaire.

Vivimos en la Francia de Madame Pompadour. París, centro del mundo. Luis XIV al decir "El Estado soy yo" también había dicho lo que realizó Napoleón: Francia es el mundo. Centralizado el poder monárquico, la máquina que iba a durar tan poco, los hombres de la corte tenían que vivir la vida que vivieron. Nadie pensó en el volcán y si pensaron no creyeron en la erupción inmediata. Nunca se cree en los peligros como hechos que se realizan; sino como hechos por realizarse y que parece que nunca se realizarán. Los hombres de Francia conocían el peligro; pero vivían alocadamente, el placer los absorbía, el lujo los embriagaba y querían vivir entre galantería y galantería sin ocuparse para nada de los millones de franceses que se morían de hambre y estaban listos a desbaratar esa corte frívola y despilfarradora. Grandes cerebros trabajaban en esta labor demoleadora, no digamos demoleadora, sino constructiva. Voltaire entre ironía e ironía preparaba los grandes principios democráticos; Rousseau, más serio, acechado por los dolores de la vida, pregonaba las realidades de la existencia del hombre. Montesquieu analizaba los principios legales y Fontanelle poético, ponía su grano de arena en la mole cósmica de la futura revolución. Diderot dirigía la Enciclopedia, compendio de las artes y las ciencias y Quesnay y Turgot resolvían los problemas económicos. En fin, todos los hombres de gabinete, reposados y tranquilos, maquinaban ideológicamente y en sus corazones se encendía la esperanza de salvar a Francia, de salvar al mundo. Quizá no pensaron en la obra gigantesca que realizaban, aumentando así la gloria de sus nombres. Los poetas cantaban inspirados por musas galantes; poesía de entretenimiento, pagada en los salones de Versalles, rodaba por las alfombras de Esmirna hacia los oídos de las orejitas fragantes de marquesitas de porcelana. El dinero tronchó la inspiración de muchos Longospierre o las ansias militares uniformaron a muchos Fontanes. Felizmente lle-

garon Rouget de L'Isle a immortalizarse con ese himno que se ha vuelto del mundo, y Andrés Chenier, el de la biografía dramática. París se deslizaba en el torbellino de las diversiones pero creando a su paso una cultura. Los salones de las mujeres francesas estaban apretados de intelectuales y artistas. Sea por refinamiento, sea por parecer bien, lo cierto es que las damas cortesanas llegaron a enredar en sus cabecitas watteau, dignas de monsieur Guillotín, algunos principios de cultura. Madame Lambert tenía uno de los más célebres salones literarios. La Sra. de L'Espinasse, adoración de Rousseau, abría sus puertas a la intelectualidad parisiense. Y la "cámara azul" de Catalina Vivona era el sitio preferido para las charlas literarias.

Pero vayamos a nuestro punto, ya que hemos echado un vistazo a los intelectuales de París en el siglo XVIII. Está demás decir lo que era el teatro. La sociedad lo dice: representaciones aristocráticas; romances pastoriles; fantasías mitológicas con aires de ballets. Música ripiosa a versos femeninos y a movimientos voluptuosos. El rey aplaudía y las damas comentaban oído a oído la chispeante frase, mientras los caballeros con el dedo pulgar boca arriba se empujaban un poco de rapé en las narices.

De todos modos en el teatro se operó un fenómeno que constata Leo Claretie. "El teatro del siglo XVIII nos hace presenciar el general trastorno. La tragedia se humilla y se baja, mientras la comedia se eleva". Los personajes trágicos esbozan una sonrisa y prorrumpen en una sonora carcajada. Es que han visto a los burgueses enriquecidos; la comedia que sube, y es que han visto a los nobles que bajan; la tragedia se humilla. Una clase social se envalentona basándose en los luses que guarda en sus arcas. Irrumpe en los salones y quiere casarse con las marquesas. Los sastres hacen su agosto vistiendo a los señores ricos y dan temas a los comediógrafos para obras jocosas. Y los que quieren dramatizar, fracasan como la Choussée. Y Crebillon quiere seguir a Racine y Regnard a Moliere; pero Regnard llora y Crebillon se ensombrece. Viene el singular Alejo Pirón y en estruendosa carcajada remece París contrariando la poética actitud de Sedaine y la mitológica concepción de Marivaux.

Teatro alborotado con herencia de Sófoles a través de Moliere; Sófoles ridículo y ciento por ciento más sofisticado y charlatán. Olvido por completo de Corneille de quien ni el recuerdo parecía existir. Innovaciones de Lemercier que causaron estupor unos minutos para morir de inmediato en manos del romanticismo de Hernani.

Pero vayamos a la figura central del teatro francés en esta época. Al que verdaderamente hizo obra al servicio de su talento. "El siglo XVIII estaría incompleto sin Beaumarchais, como sin Diderot, sin Voltaire o sin Mirabeau. Es uno de los personajes

más originales, más característicos, más revolucionario de su siglo” ha dicho Sainte Beuve. Nace en un hogar modesto, de padre relojero; la casa de la calle Saint Denis se abrazaba con el calor de una familia feliz, donde el padre leía buena lectura a sus hijos; las hijas hacían bella música y Agustín también, pues conocía el manejo del arpa. Beaumarchais estudió en el colegio de Alfort y continuó en algo la actitud de su padre, pues inventó un nuevo mecanismo de reloj que ofreció al monarca. La Pompadour se adornó el meñique con un reloj hecho maravillosamente por Beaumarchais y Versalles abrió sus puertas al relojero-músico-literato.

Fuera de relojero también hemos dicho que fué músico. Quizá por ello la admiración posterior de Rossini al poner música al “Barbero de Sevilla”. Lo cierto es que Beaumarchais tocaba el arpa y que fué encomendada su enseñanza a las hijas del Rey. Beaumarchais era el hombre preparado para triunfar; sino lo hubiera sido como autor lo habría sido como relojero, como músico o como Casanova, en fin algo hubiera realizado que siempre lo hiciera merecedor de un estudio contemporáneo. Llevaba en la sangre ese motivo del triunfo.

Como bien sabemos la familia Carón era bastante humilde. Ya dice Eduardo Engel que “la vida de Beaumarchais es un reflejo de las luchas gigantes del tercer estado para conquistar sus derechos. Tuvo que disputar palmo a palmo su puesto en la sociedad”. Y realizó este acomodo por ambición personal. No hay que creer en un Beaumarchais revolucionario, como nos dice Sainte Beuve. No hay que creerlo con el pecho encendido por una protesta social; no, hay que creer en un Beaumarchais ambicioso, que se peleará con el mundo entero, ya sea por dinero o por honor. Como tantos hombres de todos las épocas del mundo que escriben su historia egoístamente; pero hombres de talento, su historia lleva el germen de un valor imperecedero. Por eso la obra de Beaumarchais no es menos importante, valoricemos a los hombres no por su vida privada sino por su vida pública. Beaumarchais pintó una sociedad existente, sin afán de corregirla pues ya tampoco nada podía hacer. Ni el monarca se atrevía a oponerse a farsas que se representaban en los salones de sus palacios. Teatro que no fué cortesano, que no debió ser cortesano; recibía el aplauso de su horrible espejo como si un Goya menejara a los polichinelas.

Beaumarchais despertó a la vida en esta sociedad descompuesta. Seguramente se dió cuenta de ello, pero, eso sí, jamás pensó en que podía curarla. Filosofía de la misma filosofía de Luis XV. Tuvo Beaumarchais demasiados enredos familiares para darle mayor trascendencia a las cuestiones sociales. Algunos quieren exagerar el papel de Beaumarchais dándole una importancia revolucionaria que no tuvo. Hay que hablar lo cierto y el siglo XVIII no fué para el Teatro, ni para el arte muy fructífero; el siglo XVIII

fué para los economistas y filósofos. Dentro de su plano Beaumarchais fué lo mejor; digamos con Leo Claretie: "En literatura dramática, Beaumarchais se colocó en la primera fila de la joven escuela dramática, invención del siglo". Hizo trizas el corte trágico y grandilocuente y pensó que el teatro no debe ser ficción, sino realidad. Afuera las escenas peripatéticas y los versos dulzones. La vida es cuestión distinta; hablar corriente y sin necesidad de métrica. Por eso alguien ha dicho que Beaumarchais no debió nacer en la época en que nació sino lo menos cien años después. Dió mayor vitalidad a la representación; más realismo a las acciones; más verdad a los asuntos. El decía, "transportadme lejos de los bastidores. Es preciso que el diálogo sea sencillo y recuerde la conversación de todos los días". Teatro, era, para Beaumarchais el trascurrir de su existencia, sus pleitos con Bogeans o con Clavijo; su hermana deshonrada o sus amores múltiples. No la invención de gabinete en moldes iguales y en preceptos anticuados. Olvida también los hechos pretéritos. Todas las obras de Beaumarchais representan a su tiempo, a su época. El no quería vivir otros momentos que no fueran sus momentos, por el mismo hecho que para representar sucesos pasados en otras épocas tienen que ser sucesos imaginados. No necesitaba personajes pues tenían un número para sus obras y para presentarlos a ellos mismos y rieran fuertemente de sus defectos; tenía así la comedia burguesa de la que se ha dicho "la tragedia burguesa era un acontecimiento social, un suceso importante, la burguesía se instalaba".

El carácter de Beaumarchais impedía que meditase su obra y que al contrario resultase una obra espontánea. Locuaz, alborotado, no sabía dominar su inspiración. Se dejaba llevar por sus impulsos y era capaz de cometer cualquier hecho llevado por lo irascible de su genio.

A pesar de que las obras de Beaumarchais no eran inspiradas en ningún afán revolucionario, se ha dicho que "ni el Barbero de Sevilla, ni las Bodas de Fígaro provocaron la Revolución ni contribuyeron a acelerarla; pero fueron síntomas inequívocos del estado de los ánimos a los ojos de un observador político", sin embargo tienen el mérito de presentar los acontecimientos en toda su desnudez, ni los llenó de oropeles y pámpanos, engaños que otros hubieran realizado, sino que mostró sinceramente lo que sus ojos veían en la sociedad que vivía. Por este motivo hay que catalogar al teatro de Beaumarchais en el teatro de la revolución, más que en el teatro revolucionario; tanto por su técnica—sacrifica las tres unidades que aún había sostenido Diderot, rompe el verso por la prosa realista—y en cuanto al argumento y tesis de las obras introduce lo cierto del mundo, los enredos, amores, dolores de los hombres. Siempre en sus obras hay hombres pérfidos, amores tímidos, pasajes astutos, etc. Fuera de sus comedias, Beaumarchais,

compuso una ópera, Tararé, a la cual puso música Salieri. El argumento de la obra es de ambiente mitológico, pero de una mitología moderna.

Esto es todo lo que se puede decir del hombre que en el siglo XVIII irrumpió, saliendo de las esferas modestas y que llevado por su gran ambición y su soberbio carácter iba a ocupar grandes puestos. Figura en sí no muy simpática, algo maquiavélica; pero figura simpática extrínsecamente, por su derroche de vitalidad y su talento. Acerca de su figura ha dicho Grim: "Ese señor Beaumarchais es según dicen, un hombre de cuarenta años, rico, petimetre y autor. No tengo el honor de conocerlo, pero me han asegurado que está dotado de una suficiencia y de una fatuidad insigne". Se vé que Beaumarchais era envidiado y que alcanzó los triunfos apetecibles del hombre. Veamos la idea que nos dá Claretie "Imagínese un ser activo, petulante, siempre en movimiento, infatigable, que parecía tener una infinidad de celdas en el entendimiento, que fué relojero, profesor de música, negociante, diplomático, traficante en maderas, abogado, autor dramático, hombre de muchos negocios, (que mezclaba sin embrollarlos), ardiente, apasionado, que rompía los cristales con el bastón para no perder el tiempo en abrir la ventana, que mostraba curiosidad por todo, bravo, hábil, flexible, inventivo, libre de preocupaciones y de rutina, y que había tomado por divisa el principio de que un autor es un hombre que se atreve". Con este retrato podemos dar por terminado este pequeño trabajo y reverenciar a la figura de Beaumarchais, de gran valor en las letras de Francia.

Biblioteca de Letras
EMILIO CHAMPION.
«Jorge Puccinelli Converso»
(Alumno)

